

LA MITIFICACIÓN DEL PASADO ESPAÑOL: REESCRITURAS DE FIGURAS Y LEYENDAS EN LA LITERATURA DEL SIGLO XIX

EDICIÓN A CARGO DE:

Elizabeth Amann

Fernando Durán López

María José González Dávila

Alberto Romero Ferrer

Nettah Yoeli-Rimmer

Introducción: La recuperación

de la tradición española en el siglo xix

María José González Dávila, Nettah Yoeli-Rimmer

y Elizabeth Amann

Don Rodrigo

Natalya Novikova

Urraca de Castilla y León

Carmen Serván Díez

La judía de Toledo

Nettah Yoeli-Rimmer

Pedro I

María José González Dávila

La Celestina

Jérôme Franpis

Las naves de Cortés

Eva Lafuente

Felipe II y el príncipe don Carlos

Fernando Durán López

Abén Humeya

Alberto Romero Ferrer

FELIPE II Y EL PRÍNCIPE DON CARLOS

Fernando Durán López
*Universidad de Cádiz*¹

Un cliché extendido por varias lenguas y asociado al conjunto de críticas, prejuicios y acciones de propaganda contra España que conocemos modernamente como leyenda negra², califica al rey Felipe II como «el Tiberio español», emparejándolo con aquel otro tirano de la antigua Roma, a quien se pintaba como ejemplo de depravación y crímenes políticos. El acuñador del término «leyenda negra», Julián Juderías, abundó en ese calificativo dentro de su aguerrida defensa de la obra de España frente a la pretendida iniquina universal de sus enemigos³. Uno de los puntos sobre los que se fundó tal imagen fue el enfrentamiento con su hijo don Carlos de Austria, príncipe de Asturias y heredero de sus vastos dominios, quien, no en vano, es materia de uno de los nueve capítulos que Juderías dedica a repasar el contenido histórico de la leyenda negra y el único dedicado a un episodio particular (Juderías 1917: 295 y ss.). Carlos fue acusado de enajenación mental y de conspirar

¹ Este estudio pertenece al proyecto del Plan Nacional de IDI titulado «La cultura literaria de los exilios españoles en la primera mitad del siglo xix», ref. FFI2013-40584-P.

² Elijo esa formulación amplia atendiendo a la revisión crítica —incluso negación— que el término «leyenda negra» viene experimentando en los últimos tiempos, para lo cual remito tan solo a la monografía de Jesús Villanueva.

³ Véase en el libro de Juderías (1917: 287-289) el largo pasaje que dedica Voltaire a comparar a Tiberio y Felipe II, para probar que el calificativo era impropio, porque la maldad de ambos era de muy distinta naturaleza.

contra su padre; el rey lo hizo encerrar y procesar, y la muerte poco después del príncipe fue atribuida a su acción directa o indirecta. Por más que el asunto presentara numerosas incógnitas, o precisamente por ello, la desgracia de don Carlos alimentó la reputación despótica de un rey cuya maldad carecía de límites. Los buenos apodos —igual que los mitos, positivos o negativos— sustituyen perezosamente la reflexión crítica y ahorran ulteriores consideraciones. Pero José María Blanco White, quien usa también la frase «the Spanish Tiberius» en un momento de los artículos que aquí se estudian, no era un pensador perezoso ni se conformaba con espetar descalificativos que reemplazasen las evidencias.

En 1822, el escritor sevillano, exiliado voluntario refundido en periodista inglés para la prensa miscelánea de variedades literarias, se planteó el reto de probar que Felipe II podía seguir siendo descrito con rigor histórico y autenticidad moral como un Tiberio hispánico y «papist», sin convertir para ello a su hijo, el príncipe don Carlos, en un héroe ideal. Así pues, a su entender, lo de «Tiberio español» no podía ser un *a priori*, sino un *a posteriori*: una conclusión, no una premisa que liberase del deber de argumentar. Porque alguien puede ser víctima de un tirano sin constituir modelo de rectitud ni dechado de virtudes, y porque un tirano puede hacer matar a su propio hijo sin que este tenga lances de amor con su esposa. Su tentativa, entonces, fue sustentar racionalmente el mito negativo de Felipe a la vez que aceptaba la destrucción del mito positivo de Carlos. Ambas maniobras eran de desmitificación (pues no otra cosa es sustentar un mito sobre evidencias solventes, ya sean documentales, lógicas o morales) y el propio articulista lo declara con franqueza cuando califica su composición como «acto de degradación pública» que deja «despojado de sus galas a un héroe de romance»⁴. La absoluta firmeza de Blanco White en este propósito desmitificador es una más de las señales que apuntan a que, como he tratado de mostrar en otros trabajos, y en contra de la opinión general, el escritor sevillano nunca fue un romántico.

⁴ Ofreceré las citas del artículo traducidas al castellano, sin indicar las páginas concretas del original, por otra parte fáciles de localizar (Blanco White, 1822). La traducción es mía.

Pero vayamos por orden. A comienzos de la década de 1820, Blanco White se hallaba en una encrucijada personal que supuso una inflexión clave en su vida y su carrera. Desde que terminó de publicar el periódico *El Español* en 1814, se había quedado sin misión definida como escritor, e incluso como ciudadano. Decidió integrarse del todo en la sociedad británica, reinventándose en forma de escritor inglés y anglicano que se expresase solo en su nueva lengua. Contra ese objetivo conspiraban varios obstáculos: su dominio del idioma no era todavía suficiente; carecía de prestigio y contactos en Inglaterra fuera de los círculos relacionados con España; no contaba con recursos de fortuna; su salud empezó a darle graves problemas y, simultáneamente, se sumió en una aguda crisis religiosa para integrar su bagaje rationalista dentro de la teología anglicana. Fueron años de congojas y abatimiento, y de mucho desconcierto.

Esa travesía del desierto, amarga pero también formativa, concluye en 1821 con un giro decisivo: en abril de ese año publica sus *Letters from Spain by Don Leucadio Doblado* en diez números de *The New Monthly Magazine and Literary Journal* hasta abril de 1822. Había empezado a redactarlas a principios de año, a instancias del poeta escocés Thomas Campbell. El agresivo editor Henry Colburn contrató en 1820 a Campbell para emprender una nueva cabecera mensual, una miscelánea literaria de prosas y versos. España estaba otra vez de actualidad por la revolución de 1820 y aquellas cartas, pronto recogidas en libro, tuvieron un notable éxito. Con ellas, Blanco White se situó en el panorama literario como autor de moda, especializado en «traducir» los asuntos españoles en códigos culturales y religiosos aceptables para los ingleses protestantes, actuando como un peculiar mediador situado, a la vez, dentro y fuera de la españolidad.

Blanco White publicó otra media docena de colaboraciones en la misma revista durante los años 1822-1824, entre ellas dos entregas bajo el título de «Prince Carlos of Spain and his Father Philip II» en los números de septiembre y octubre de 1822; no más de una docena de páginas de tipografía bien aprovechada. Ha sido uno de los textos suyos con menor fortuna crítica, pocas veces citado y tomado en cuenta, pero no carente de atractivos. Como suele ocurrir en los artículos de Blanco White, su detonante es una lectura concreta, en este caso uno de los libros más influyentes aparecidos en Europa en aquellos años: la historia inquisitorial del canónigo afrancesado Juan Antonio Llorente. Blanco White leyó aquella obra en su primera aparición, en 1817-1818,

traducida al francés por Alexis Pellier a partir del manuscrito español y bajo supervisión del autor. Cuando escribe estos artículos en 1822, acababa de aparecer en Madrid la edición del original español de Llorente, pero Blanco White no la maneja.

En este diálogo entre Llorente, la leyenda negra y Blanco White, hay un enrevesado nudo de triangulaciones. La historia de don Carlos se difundió pronto por Europa en perjuicio del odiado Felipe II y de la poderosa España imperial y católica. Su potencial literario es innegable y dio lugar a una rica tradición de fabulaciones. Frederick Lieder hacía en 1910 una lista de hasta 37 versiones literarias (sin contar traducciones) del tema de don Carlos, 26 de ellas anteriores a 1822. Interesa en particular la versión novelada de César Vichard, abate de Saint-Réal (*Dom Carlos, nouvelle historique*, París, 1672), copiosamente editada y traducida, que propagó lo que algunos denominan la «versión francesa» de este episodio histórico: es decir, la que justifica el conflicto entre padre e hijo como un triángulo amoroso con la joven reina Isabel de Valois⁵. Según González García (164-166), el historiador protestante francés Louis Turquet de Mayerne fue el primero en fabular ese triángulo dentro de su *Histoire générale d'Espagne* de 1586, basándose en oscuras fuentes no especificadas. Otros autores franceses se harían eco, pero solo con la novelización de Saint-Réal se fijó y generalizó el relato, que también incluía la intervención de los inquisidores en el proceso contra el príncipe. Ese potente resorte novelesco sería seguido por la mayor parte de las obras posteriores: Otway, Campistron, Alfieri, Mercier, Schiller, Quintana..., por citar solo los hitos más descollantes. Alfieri y, sobre todo, Schiller habían reactivado de forma poderosa el tema en Europa, alrededor de la década de 1780, llevándolo a su máxima expresión teatral sobre el contraste entre un príncipe ejemplar y un padre monstruoso.

⁵ Isabel estaba destinada a desposarse con el príncipe desde 1556, pero, finalmente, convino más casarla con Felipe, que envidió en 1558. El regio enlace estaba asociado al Tratado de Cateau-Cambrésis en 1559, que apuntaló durante décadas la hegemonía continental española. En el momento de la boda, 1559, Isabel tenía trece años y Carlos catorce, por treinta y dos del rey Felipe.

La difusión de tales interpretaciones románticas que convertían a Felipe en un tirano por el camino de hacer de Carlos un héroe es lo que quiere combatir Llorente, pero de un modo distinto a como lo hará Blanco White. Dedica al asunto el capítulo XXXI («De la causa célebre del Príncipe de Asturias, don Carlos de Austria»), último del tomo VI (vol. 3º) de su *Historia crítica de la Inquisición de España*, que ocupa unas setenta páginas en la edición española (Llorente 1822: 163-231, divididas en cinco artículos). El aspecto amoroso no fue lo que más le preocupó (aunque también), sino la insistencia en meter a la Inquisición por medio. Ese error histórico es el que justifica que Llorente dedique tanto espacio a un episodio que por su parte podría haberse solventado con las dos o tres primeras páginas de su capítulo:

La Europa entera está creyendo que Felipe II hizo a la Inquisición española formar proceso contra su hijo único Carlos de Austria, príncipe de Asturias [...]; que los inquisidores sentenciaron al príncipe, condenándolo a pena de muerte, y que solo está sujeto a disputas el género de suplicio con que murió aquel desgraciado. Algunos escritores han llegado al extremo de referir las conversaciones entre Felipe II y el inquisidor general, entre Carlos de Austria y otros personajes, como si hubieran estado presentes, y aun a copiar parte de la sentencia como si la hubiesen leído. No me admira que el abad de San Real, M. Mercier, M. Langle y otros tan amigos de escribir novelas con aire y títulos de historias, lo hayan hecho así [...]. Yo me he propuesto por único norte la verdad: aseguro con ella que nada me ha quedado por hacer en los archivos del consejo de la Inquisición, y fuera, para encontrarla; creo haberlo conseguido, y debo asegurar a mis lectores que no hubo semejante proceso de Inquisición ni sentencia de inquisidores, sino dictamen de consejeros de Estado, cuyo presidente fue el cardenal don Diego Espinosa, favorito del rey por entonces; y como era juntamente inquisidor general, nació de aquí la fábula de haber sido proceso de inquisición [...].

Es ciertísimo, pues, que don Carlos de Austria murió en virtud de sentencia verbal consentida y autorizada por el rey Felipe II su padre; pero no lo es que tuviera intervención el Santo Oficio. Este resultado parecía dispensarme de pasar adelante, supuesto que yo no escribo la historia de los acaecimientos políticos de la España, sino de la Inquisición: sin embargo, creo lo contrario, supuesto que casi todos los literatos de la Europa dicen que los inquisidores condenaron a don Carlos. El manifestar lo que hubo de cierto es el mejor modo de persuadir en semejantes circunstancias, y voy a practicarlo (Llorente 1822: 163-166).

Llorente expresa con contundencia su tesis en el párrafo 3 del primer artículo del citado capítulo:

Si cabe disculpa en un padre para la impiedad, la tuvo Felipe II, y solo dejo de aprobar su rigor porque me parece que la naturaleza lo detesta por más delitos que cometía un hijo cuando la reclusión perpetua pueda excusar nuevos crímenes. De positivo tengo por ciertísimo que la España fue feliz en que muriese aquel monstruo que algunos escritores inexactos retratan como joven amable, fingiendo propiedades que no tuvo, negando las que de veras tenía, y suponiendo unos amores con su madrastra que solo han existido en la pluma del primer francés que redujo a problema la virtud de una reina cuyo decoro permaneció incorrupto, y cuya vida cesó de un modo completamente natural, y no con impulso violento del veneno que refieren. Felipe II fue malo, hipócrita, inhumano, cruel a sangre fría y capaz de matar a su mujer si le conviniera y tuviera objeto; pero la capacidad no prueba la ejecución sin causa imaginada o real [...]; los novelistas y poetas creyeron honrarse deshonrando al monarca español aun a costa de las dudas que necesitaban excitar sobre la virtud de una señora francesa dignísima del respeto más verdadero (Llorente 1822: 166-167).

A partir de aquí, Llorente articula el relato de la vida, caída y muerte de don Carlos tratando de documentar cada punto, desmintiendo tópicos y fabulaciones. Según esta reconstrucción, el príncipe se mostraba inaplicado y torpe en los estudios desde niño; no fue nunca educado por su abuelo el emperador Carlos; se complacía en torturar animales; no trató con Isabel de Valois hasta una fecha muy tardía⁶; siempre manifestó inclinaciones violentas, movidas por un insufrible orgullo que le hacía golpear a criados y maltratar a los nobles de la corte; era un joven poco agraciado, débil y enfermizo, incapaz de refrenar sus pasiones; su salud física y mental se deterioró mucho como secuela de una grave caída a los diecisiete años, lo que permite al autor sugerir un trastorno psicológico incurable.

Pero el punto fundamental de la versión de Llorente es su categórica convicción de que Carlos, en efecto, pretendía matar a su padre para sucederlo y que conspiró con los rebeldes flamencos para hacerse soberano de esas tierras, lo que le permite titular el artículo central de su pieza con el contundente rótulo de «Crímenes de don Carlos».

⁶ Este es un asunto en que Llorente se muestra muy prolíjo, pero que interesó mucho menos a Blanco White, quien aceptó íntegramente sus conclusiones.

Su culpabilidad trae de suyo una visión más favorable de Felipe, que, en todo el relato de Llorente, aparece como un rey preocupado, cuyos pasos están guiados por la necesidad de reprimir los excesos de su hijo y preservar el reino de los males que este pudiera ocasionarle. El interés del rey por retrasar la boda del príncipe con Ana de Austria, según Llorente, se mueve por justas consideraciones:

Felipe II consintió en la boda, y lo avisó a la emperatriz su hermana; pero procedió con su lentitud genial en la ejecución, receloso de hacer a su sobrina desgraciada con tan mala compañía, si el tiempo no mejoraba el juicio y las costumbres de don Carlos, y también porque habían persuadido a Su Majestad ser bien fundados los temores de la ineptitud para el matrimonio (Llorente 1822: 184).

Y, al ordenar la prisión de Carlos, Llorente presenta a Felipe como un soberano que se hace aconsejar y toma medidas, obligado por los acontecimientos: «el rey conoció ser forzosas ya providencias graves; consultó algunos consejeros de cámara; con su acuerdo resolvió prender al príncipe» (Llorente 1822: 194). El momento clave es a la hora de valorar la sentencia dictada por el consejo reunido por Felipe para juzgar a su hijo: Llorente afirma categóricamente que sus crímenes habían quedado probados y que no cabía otra pena que la de muerte. Hasta ahí llega su comprensión hacia Felipe II, porque el resto del capítulo se dedica a demostrar, separándose de sus fuentes e interpretándolas con gran finura, que la muerte del príncipe fue un acto deliberado ordenado por el rey y cumplido, no por los verdugos, sino por los médicos, a fin de acelerar el previsible desenlace de sus desarreglos físicos mediante una muerte aparentemente natural. Pero incluso tras haber creído probar ese hecho, Llorente no formula ninguna condena explícita o censura contra Felipe, sino que deja que sean sus actos mismos los que hablen y el lector saque la conclusión lógica. Sus últimos párrafos son, de nuevo, para redimir a Felipe de otra acusación divulgada por la leyenda negra: que hizo envenenar a la reina Isabel poco después de la muerte del príncipe, encubriendo el crimen como resultado de un aborto. Todo sumado —la demolición del mito de Carlos, el desmentido de las principales acusaciones contra Felipe y el relativo poco énfasis puesto en los puntos en que sí se condenaba al rey— suponía, en gran medida, una rehabilitación del Tiberio español ante Europa.

Eso es lo que preocupó a Blanco White, que la imagen de Felipe II quedase ensalzada al tiempo que se abatía la de su hijo. A partir de ahí, concibió una operación intelectual para corregir las desviaciones que apreciaba en la interpretación de Llorente, sin desmentir en casi nada su relato de los hechos. La *Historia crítica de la Inquisición española* fue un libro de enorme éxito y difusión continental, y duradero impacto. En ese sentido, el sevillano se enfrentaba a Llorente con una confesa ambivalencia: por un lado, admiraba el caudal de documentos y noticias que había sido capaz de acopiar y divulgar sobre la Inquisición y, no menos importante, *contra* ella. Por otro lado, no dejaba de ver en el autor a un rival peligroso, porque podía modelar ideas sobre España y su régimen político-religioso que, aun siendo críticas, fuesen más dulces y menos «protestantes», más apegadas a las querencias nacionalistas, de lo que él estaba dispuesto a aceptar. En lo que hace a don Carlos, juzgaba que Llorente no había sabido ver la verdadera naturaleza de los protagonistas, o quizás no hubiese querido hacerlo. Su planteamiento lo explica al comienzo del primer artículo:

La verdad [...] nos obliga a desvanecer esa complaciente ilusión y a retirarle a Carlos, aunque desdichado y oprimido, mucha de la simpatía con la que anteriormente le colmamos. Ver así despojado de sus galas a un héroe de romance y derribado incluso por debajo de la condición ordinaria de la humanidad debe ser, como todo acto de degradación pública, igual de desagradable al espectador y al ejecutante. Por nuestra parte, confesamos que hemos emprendido la tarea con reservas. En verdad, si nos temiésemos que, al disminuir el atractivo que hasta ahora ha venido reclamando la memoria de don Carlos, aliviásemos la de su padre de un solo átomo de odiosidad e hiciésemos más tolerable su nombre al oído de la libertad, no nos prestaríamos para sacar a la luz una verdad inútil y peligrosa. La historia tiene, y debería poseerlas siempre, sus picotas, donde los criminales demasiado poderosos para la justicia humana puedan ser expuestos encadenados ante los ojos de la más remota posteridad: y a buen seguro que no bajaríamos a Felipe de España una pulgada más cerca del suelo que pisamos, si estuviese colgado de la cruz de cincuenta codos de Amán. Pero nada que hayamos podido descubrir en la historia de Carlos atenúa en el menor grado la vileza de su padre. [...] Él era cobarde por naturaleza: un cobarde sentado sobre el trono más poderoso de Europa, que ocupaba una mente ágil, sagaz e insensible en el único objeto de gratificar sus despiadas pasiones sin exponerse lo más mínimo a peligros reales o imaginarios. [...] un Felipe ideal que, en un arranque de celos, hundiese una daga en el

pecho de su hijo sería casi adorable, comparado con el monstruo cauteloso y calculador que pudo valerse de una enfermedad para que le hiciese el trabajo [...] (Blanco White 1822).

Obsérvese que, para Blanco White, la verdad factual es un imperativo de la historia; pero, a su vez, la verdad moral está por encima de ambas: él no podría *mentir* sobre el trágico destino de Carlos de Austria, pero se muestra bien dispuesto a *callar* si esa verdad menoscabase la leyenda negra de Felipe, porque sigue confiando en la eficacia persuasiva de estas sombrías imágenes. Este es el valor legitimante de los mitos: no reside en su autenticidad, sino en su utilidad para articular mensajes y valores. Sugiere Blanco White que puede haber mentiras necesarias, aunque cree que en este caso concreto son conciliables la eficacia ideológica y la verdad histórica. Y, por tanto, se apresta a enmendar la plana a Llorente por dos vías: satanizando a Felipe y humanizando a Carlos, quien, entre el extremo de ser un héroe y el de ser un monstruo, se le queda en solo un pobre y desdichado muchacho sin mucho mérito, pero, también, sin mucha culpa. Puestos a realizar una revisión históricamente fundada y políticamente eficiente de la leyenda negra, Blanco White aspiraba a que no se hiciese dentro de las claves ideológicas de la Ilustración española, o de su reencarnación en forma de liberalismo; porque, para él, ese constituía un camino equivocado, demasiado poco crítico, incapaz de romper inercias seculares e identidades cerradas, y demasiado expuesto a empujar la balanza hacia el vicio contrario: el de la irreligiosidad.

Hay que sumar el *triste de Vitorio Alfieri*, única fuente literaria aludida. Salvo este último autor, los demás habían sido manejados por Llorente, quien además sumó a ***. Saint Réal, Mercier, Langle, Gregorio Leti, Alfonso Kirk, y Fatio de L'Isle, Blanco White los

Para redirigir el trabajo erudito de Llorente a un objetivo más afín con su idea de España, Blanco White plantea objeciones formales sobre la técnica historiográfica de la *Historia crítica*, que desvela a las claras un comentario en que la califica de

mero ensamblaje de hechos amontonados con premura y desaliño: un depósito de información veraz y de suma rareza, con la cual un escritor de mayor talento podría compilar una historia de la Inquisición que tuviese la mitad del tamaño y el doble del interés que el original (Blanco White 1822).

No hay que llamarse a engaño: los reparos estructurales ocultan una objeción ideológica, pues a lo que alude es a una historia que fuese más eficaz ideológicamente a la hora de desvelar a España y a Europa los males de la intolerancia religiosa en los países católicos, y de conectar los atrasos que lastran a los españoles con el efecto civilizatorio acumulado de dicha intolerancia. Y cuando habla de que otro autor más talentoso pudiera haber aprovechado mejor la información acumulada, no está pensando sino en sí mismo⁷. En efecto, Blanco White acarició durante años la idea de escribir una historia de la Inquisición, que, por una fascinante metamorfosis interior, devendría en 1835 en su obra teológica cumbre: *Observations on Heresy and Orthodoxy* (Durán López 2005: 507-513). Cerca del final de sus días, el 31 de julio de 1840, apunta todavía en su diario (Blanco White, *The Life* 1845: III, 197-199), el deseo de compilar una breve historia de la Inquisición «valiéndome —traduzco— de los materiales históricos contenidos en la extensa obra de mi desdichado amigo Llorente y esforzándome en añadir los comentarios que puedan, hasta cierto grado, hacer mi propia composición».

Lo que Blanco White plantea en 1822 acerca del príncipe don Carlos, por tanto, no es más que un ejemplo parcial de sus discrepancias con el método y el estilo de Llorente, pero también un adelanto de la técnica compositiva que concebía como más propicia a sus talentos y recursos: recomponer críticamente y personalizar los materiales compilados por otro. En 1822, formulaba así ese propósito:

...nada que al desglosar el atractivo que hasta ahora ha venido reclamando la memoria de don Carlos, enviesemos la de su padre de un solo atomo de calidad e hiciersemos en lo inapelable su nombre el oido de la libertad.

⁷ Esto en modo alguno ha de entenderse como una animadversión personal o una falta de aprecio de las cualidades de Llorente por parte de Blanco White, porque, de hecho, eran amigos (cf. Llorens 1967). En su revista *Variedades* menudean las referencias al libro de Llorente, que para él fue siempre un instrumento muy apreciado: «El infeliz y maltratado español Llorente ha dejado en su historia de la Inquisición en España una obra inmortal, no obstante sus muchos defectos de estilo y composición. El estilo es cansado y el método confuso, pero ¿qué importa?, los materiales son importantes, curiosos y auténticos. La posteridad los tendrá siempre a la vista y, no pudiendo dudar de la verdad de los hechos, el odio a la persecución religiosa será herencia de los españoles venideros. [...] Escriban enhorabuena los ingeniosos para diversión del mundo, pero trátense los puntos importantes como tales, y no espere nadie averiguar la verdad por pasatiempo» (*Variedades o Mensajero de Londres*, tomo I, nº 4, 01/07/1824, pp. 330-334, en «Revisión de obras»; también en Blanco White 2010).

La curiosidad, así como cierto grado de renuencia a conformarnos con algunas de las conclusiones del autor español, nos encaminaron hacia varias de las fuentes principales de las que extrae su información. Habiendo confirmado dicha búsqueda nuestras opiniones previas y habiéndonos proporcionado una visión más clara sobre un suceso oscuro y aciago que la historia no ha sido hasta hoy capaz de desentrañar, se nos ocurrió que una sucinta exposición de conjunto pudiera no ser inaceptable para el público.

Cuando Blanco White afirma que ha acudido directamente a «varias de las fuentes principales» usadas por Llorente, hay que aquilatar la medida de tal aserto. Las fuentes de Llorente son amplias: la principal es Luis Cabrera de Córdoba, cuya versión del episodio asume en los trazos más generales, junto con los papeles inéditos que pudo ver en los archivos españoles y que constituyen la novedad de su trabajo, consultados de primera mano y citados de manera imprecisa. Blanco White, en cambio, solo menciona a media docena de autores, contando al propio Llorente. Además de a Cabrera, el sevillano ha leído y cita a Thuanus (esto es, Jacques-August de Thou), político e historiador francés cuyas extensas *Historiae sui temporis* se publicaron en latín en París entre 1604 y 1608, y a Robert Watson, historiador escocés, que publicó en Londres *History of Philip II, King of Spain* en 1777, de gran éxito y circulación en varias lenguas. Pero Blanco White solo cita a Watson para consultar de forma indirecta la apología del Príncipe Guillermo de Orange contra la proscripción dictada por Felipe II contra él, uno de los puntales de la leyenda negra contra el monarca español. A esto, hay que sumar el *Filippo* de Vittorio Alfieri, única fuente literaria aludida. Salvo este último autor, los demás habían sido manejados por Llorente, quien además sumaba a otros: Saint-Réal, Mercier, Langle, Gregorio Leti, Atanasio Kirker, Fabián Estrada, Lorenzo Wander-Kamen, Diego de Colmenares y Opmero.

En realidad, Blanco White no hizo una investigación profunda ni amplió mucho las referencias que facilitaba Llorente⁸, lo cual, por otra parte, habría sido impropio de unos artículos breves y divulgativos en una revista miscelánea. El método de trabajo de Blanco White en sus piezas para *The New Monthly Magazine* es similar al que llevará a cabo

⁸ Una excepción es el libro de De Thou, que emplea con más profusión que Llorente y citando varios pasajes literales en latín, sin duda porque era la versión que mejor convenía a confirmar sus propios puntos de vista.

entre 1823-1825 en sus artículos de crítica literaria para sus *Variedades o el Mensajero de Londres* (Blanco White 2010). Allí su método de trabajo consiste en el seguimiento de un único libro de referencia, que maneja con gran libertad y cuyos contenidos entremezcla con sus opiniones y comentarios, y, eventualmente, con el cotejo parcial de otras fuentes. Igual que en sus ediciones de textos aplica una laxa crítica textual *ope ingenii*, haciendo enmiendas a partir de puras conjeturas, en estos otros artículos corrige los errores que aprecia en su fuente básica aplicando una lógica no menos conjetural: a menudo, una lógica basada en convicciones morales sobre la condición humana, más que en documentación probatoria.

En sus artículos, Blanco White sigue de cerca a Llorente en todo lo factual, y solo en ocasiones concretas ahonda sobre los hechos a partir de otras fuentes con las que pretende polemizar con aquel. Se trata, pues, de interpretar los hechos, no de negarlos. A veces, basta con incluir o invertir valoraciones sin alterar la narración. Por ejemplo, cuando Llorente narra de forma sumaria el episodio en que don Carlos, el día de su jura como heredero, agrede al duque de Alba porque se había ausentado, asegura que este era «un hombre [...] respetable» y que «se olvidó de acudir a prestar su juramento a debido tiempo» porque estaba «distraído con la multitud de ocupaciones» (era quien organizaba el ceremonial del acto), y presenta al aristócrata como alguien a quien el príncipe «puso en un precipicio» (Llorente 1822: 173). Blanco White, en cambio, articula el mismo relato para que parezca un enfrentamiento entre dos individuos igualmente orgullosos y soberbios, de modo que la conducta de Carlos parece un exceso, pero no una arbitrariedad. Destaca para ello «el carácter orgulloso» de Alba y en ningún momento da por sentado que su excusa para faltar a la jura fuera un olvido involuntario, sino que se limita a indicar que el príncipe tomó aquella explicación por un doble insulto, sin darle ni quitarle la razón. Intenta buscar razones para el proceder del príncipe en vez de condenarlo sin más⁹. Así lo sigue desmitificando, pero por la vía de humanizarlo, no de hacerlo odioso como pretendía Llorente (y como quiso Felipe II que se lo presentase).

⁹ A veces, se toma mayores libertades, como cuando al relatar un segundo y más grave incidente con el duque de Alba, sugiere que la furia desatada por Carlos contra él fue motivada «probablemente por las maneras altivas y desdeñosas del duque», lo cual es una pura suposición.

Blanco White incluye, además, críticas al catolicismo que no figuran en el texto de Llorente, que pasa por las «supersticiones» de la devoción y las «hipocresías» de la teología como quien recorre un terreno conocido que no vale la pena ni nombrar. A pesar de que Llorente hubiera coincidido en muchas de esas críticas —en otras, seguramente, no—, un clérigo español de raíces ilustradas no las habría escrito nunca como lo hace Blanco White, en clave abiertamente protestante. El sevillano no pierde nunca la ocasión de incidir en la corrupción moral y la degradación social que a su juicio trae aparejadas una forma de religión como la que caracterizaba la España de Felipe II (y la de Fernando VII): en última instancia, ese es el objetivo de casi todo lo que escribe en esos años.

Si consideramos ahora la construcción que hace Blanco White de los personajes y el juicio que le merecen los hechos, vemos que la principal diferencia con Llorente es que en la pieza de este el protagonista cuyo carácter se pretende desentrañar es Carlos, mientras que en los artículos de Blanco White el eje de la historia reside en comprender cómo era Felipe. Lo curioso —y el elemento metodológicamente más problemático en su modo de argumentar— es que Blanco White toma como verdad apriorística, de la que deducir las demás conclusiones, su convicción sobre la naturaleza moral de Felipe II. En cierto lugar, aduce que «quienes han estudiado la personalidad de Felipe» coincidirán con él en sus conclusiones. Es decir, que, siendo como era Felipe, las cosas tuvieron que ocurrir de tal modo y no de tal otro. ¿Y cómo era Felipe? Como lo presenta la leyenda negra en su versión más extrema: un Tiberio cobarde, hipócrita, insensible, controlador, inhumano, suspicaz, receloso, capaz de encubrir su crueldad bajo toda clase de subterfugios y pretextos, un tirano en versión integral, que convierte a cuantos le rodean en títeres de sus planes y que espía a todos y en todo momento.

En ese sentido, el razonamiento de Llorente tiende a ser documental y el de Blanco White, psicológico. Acepta que Carlos de Austria fue un joven descarriado y violento, pero no lo explica como efecto de una perversión de su alma o desarreglo de su mente, sino de mala crianza. Durante todo el artículo acusará a Felipe de todos los

extravíos de su hijo, por una vía u otra: «Nacido, probablemente, con un temperamento violento, malcriado por sus tutores y rodeado de cortesanos, amansado y adiestrado por el más absoluto de los monarcas europeos, Carlos creció en la total lenidad hacia un talante caprichoso» (Blanco White 1822).

Las «fechorías» que las fuentes atribuyen al príncipe desde la infancia las interpreta como travesuras juveniles que pueden ser ciertas, exageradas o falsas, pero que no revelan una perturbación mental; lo cual parece ser para él la prueba de convicción para valorar la conducta de Felipe, que es la que él pretende enjuiciar. Por otro lado, ensalza las pocas muestras de bondad y lealtad que Llorente señalaba en el heredero. En suma, reclama evidencias reales de una patología, no opiniones sobre un carácter destemplado. Y ese carácter es culpa de la mala educación propia de la realeza y la aristocracia españolas: «La pista que conduce a la causa verdadera de su desventurada violencia ha de encontrarse, repetimos, en el odioso sistema seguido por su insensible padre durante el curso entero de su vida» (Blanco White 1822).

Blanco White articula, con un enfoque muy moderno, una compleja relación psicológica entre padre e hijo, de naturaleza paranoica por ambas partes. Felipe vigila cada paso de su hijo, manipulándolo y rodeándolo de espías:

Que los efectos de las sospechas de su padre mantuvieron a Carlos en un estado de constante excitación, la cual finalmente le produjo un ánimo mórbido rayano en la insanía, es el convencimiento firme que hemos sacado de un atento examen de los relatos contemporáneos más veraces.

[...]

Pero la acritud y lejanía del comportamiento del rey; el recelo hacia su propio hijo, que contrastaba con la confianza depositada en sus favoritos; el uso que hizo de dos cuadrillas de espías, los unos controlando y frustrando al fogoso joven, los otros contemporizando con sus deseos a fin de cerner y sonsacar sus más recónditos pensamientos, le secaron las fuentes de la bondad en el corazón, haciéndole presa de esa vehemencia de la voluntad, resultado natural de una educación principesca, que con tanta facilidad degenera en un estado mental afín casi a la verdadera locura (Blanco White 1822).

Sin embargo, no basta con explicar por qué Carlos fue conducido casi a la locura, tiene que exonerarlo de culpas criminales. En ese sentido, es vital desmentir la veracidad de las acusaciones contra el

príncipe. Niega con rotundidad que Carlos tuviera intención de asesinar a su padre y somete los datos aducidos por Llorente a severo escrutinio: recuerda que este no menciona las pruebas que dice sustentaban los cargos y se vale del testimonio de Luis Cabrera sobre el asunto (si bien cercena las citas a su conveniencia); analiza los relatos inéditos reproducidos por Llorente para aceptar o rechazar sus distintas partes, según interesa a su argumento. Llega así a una retorcida conclusión, basada de nuevo en el carácter que atribuye a Felipe: el rey habría negado en público tal intención regicida de su hijo, pero habría alentado que esos rumores circulasen bajo cuerda. También niega que existiese una conjura de Carlos con los rebeldes flamencos, mera excusa de Felipe para hacer matar a los diputados de Flandes enviados a Madrid. Sí sigue a Llorente en lo relativo a la relación de Carlos con la reina Isabel, y de hecho caracteriza al príncipe como un joven incapaz de sentir verdadero amor.

Así pues, si no hubo intento de regicidio, ni conspiración para separar los Países Bajos de la monarquía, ni amores con la reina, resulta que don Carlos era inocente de cuanto se le acusaba, justo la conclusión contraria a la de Llorente. El príncipe cayó en un complot urdido por Felipe, a modo de una araña que contempla en silencio a la víctima que se va enredando en su tela (la metáfora es de Blanco White). Creyó posible huir a Alemania para casarse con su prima Ana, recaudando dinero de los nobles españoles, y Felipe le fue dejando hacer, sabedor de cada detalle y empujándolo hacia adelante, hasta que él mismo se precipitó a su ruina. Así cierra su círculo argumentativo como lo había comenzado:

Una circunstancia, entre los oscuros sucesos de esta melancólica historia, nos impresiona por ser sumamente singular: la de que ninguna persona sufrió como consecuencia de la conspiración del Príncipe, mientras que muchos implicados en esos manejos fueron promovidos a puestos de honor y buenas rentas. Considerando el temperamento tiránico y despiadado de Felipe, este hecho no se puede explicar sino suponiendo que hubo un horrible complot contra Carlos. Sin duda, sea cual sea la verdadera de las acusaciones que se han hecho contra el odioso tirano —si sacrificó a un hijo inocente a su propia lujuria y ambición, o si bien le condujo a urdir intenciones criminales por medio de la aviesa oficiosidad de los enviados que había colocado alrededor de su persona—, haría falta ciertamente la pluma de Dante para asignarle un castigo adecuado cuando llegase al juicio final. La historia no puede más que catalogarlo con los monstruos

más execrables que han por igual oprimido y deshonrado a la humanidad (Blanco White 1822).

Quod erat demonstrandum.

Entre la apología de Felipe II escrita por Luis Cabrera y otros españoles coetáneos, y la leyenda negra europea, Llorente opta por adecentar esa apología y sustentarla sobre bases más sólidas; Blanco White, en realidad, aspira a la operación inversa, buscando el modo de respaldar la línea básica de la leyenda negra antifelipista despojándola de falsedades evidentes y novelerías absurdas. En ese sentido, el duelo entre el canónigo afrancesado y el capellán liberal convertido al anglicanismo es simétrico: ambos usan la crítica histórica —y, en el caso de Blanco White, lo que podemos denominar la «razón moral»— para apuntalar una visión *ex parte* de la historia española. Y lo hacen, precisamente, en un tiempo en que el Romanticismo iba a extremar de nuevo esas novelescas fabulaciones a favor y en contra de las figuras patrias. Una vez más, el desterrado sevillano se expresa en este artículo ajeno a cualquier idealización romántica, que considera falsa desde un punto de vista histórico y dañina desde la utilidad moral, tal como él la concibe.

A la postre, el personaje histórico de don Carlos sirve de botón de muestra que permite a Blanco White marcar, y a nosotros medir, la distancia entre un tipo de crítica histórica —la de Llorente— nacida desde dentro de la Ilustración española y otra crítica —la suya— exterior a la conciencia española, y por lo tanto mucho más aislada y complicada de asumir, que hereda la mirada europea y protestante de la leyenda negra, pero que aspira a cimentarla mejor. Este diálogo historiográfico desvela uno de los rasgos más duros de la crítica de España realizada desde 1810 por Blanco White: su extremismo a la hora de despreocuparse por integrar sus censuras en contextos menos ásperos para el orgullo patriótico, algo que lo distancia de otros autores situados también en posiciones modernizadoras y críticas, como el afrancesado Llorente. No hablo, desde luego, de su distancia respecto a la España reaccionaria, sino de su alejamiento de la España progresista, ilustrada o liberal, en la que se había formado. Su nivel de crítica a las honduras

del ser español —y los mitos y leyendas nacionales están ahí como expresión simbólica de dichas honduras— estuvo siempre muy por encima del que podía ser aceptable para sus antiguos compatriotas, y eso justifica sus choques y discrepancias con exiliados como Llorente, Mendíbil, Llanos, los autores de *Ocios de Españoles Emigrados*, Alcalá Galiano..., o, incluso, la distancia que lo separa del exiliado que más de cerca le siguió hasta esas honduras críticas, pero que, a la postre, siempre acababa dando algunos pasos atrás, José Joaquín de Mora. Eso es lo incómodo de Blanco White para la España del xix, y en última instancia el motivo, no de su destierro, sino de su completa *damnatio memoriae*.

Pero lo que para aquella España resultaba una crítica inasumible, ajena a la españolidad y enemiga de ella, para aquella Inglaterra y aquella Europa quedaba demasiado lejos de la leyenda negra y de las verdades inamovibles sobre el viejo enemigo del sur. Blanco White, como casi siempre en su vida, estaba destinado a quedarse en medio, en tierra de nadie, en el páramo adonde le había conducido su escrupulosa conciencia y su sentido crítico. En efecto, el esquema interpretativo que presentaban tanto Llorente como Blanco White, por más que se distanciase en su grado crítico, se aunaba en su vocación desmitificadora y en la rebaja del personaje de Carlos de Austria, que, para el primero, se convertía en un monstruo de soberbia y demencia que hubiera arruinado a España, mientras que, para el segundo, acaba siendo no más que un pobre niño malcriado y de tristes destinos, un monigote con el que juega el Tíberio español. Blanco White, además, aceptaba el aparato probatorio de Llorente para excluir a la Inquisición del asunto. Sin Santo Oficio y sin triángulo amoroso, aquel no era el mensaje que los escritores de Europa querían escuchar en 1822, así que hicieron oídos sordos. Lord John Russell publica el mismo año de los artículos una tragedia en cinco actos titulada *Don Carlos or Persecution*, pisando sobre las huellas de Schiller. Russell, que sería luego dos veces primer ministro, había tenido de joven una estrecha relación con Blanco White en el entorno de lord Holland. En una carta de diciembre de 1822, Blanco White explica su opinión sobre la obra a Wiffen:

La tragedia de lord John ha gustado mucho entre mis amigos. Todos ellos admiran el juicio ante la Inquisición, al que yo pongo algunas objeciones. Pero el autor es mejor juez de los sentimientos ingleses en esta materia que yo mismo. Hay algo grande y terrible para un inglés en la idea de

ese tribunal, mientras que para un español como yo las formas del juicio son demasiado técnicas y, aunque infinitamente odiosas, no lo bastante trágicas aún¹⁰.

No cabe duda de que este juicio epistolar está mediatisado por no querer criticar abiertamente al joven autor, a quien guardaba la deferencia social y personal correspondiente a su rango y a la relación entre ambos. Pero la versión de Russell no le tuvo que gustar, porque, como las demás fabulaciones literarias que rechaza en su artículo, idealiza a don Carlos para convertirlo en un héroe trágico en amarga rebeldía contra su tiránico padre¹¹. Para más fabulación, presentaba al príncipe como un defensor de la tolerancia religiosa, cuya desgracia era provocada por la Inquisición (pese a que Llorente había demostrado que esta nada tuvo que ver en su caída); el amor por la reina tampoco dejaba de aparecer como motor dramático; el personaje de Felipe aparece desdibujado y sin carácter, manipulado por ministros e inquisidores. En honor a la verdad histórica, puesto que declara haber leído la *Historia* de Llorente —y quizás en honor también a su respetado amigo Blanco White—, Russell advierte que ambos puntos carecen de fundamento histórico. No es otra cosa lo que da a entender la citada carta a Wiffen, donde se abunda en la imposible convergencia de la mirada inglesa y la mirada española sobre la Inquisición y, cabe extraer, sobre toda la leyenda negra: en eso, Blanco White seguía considerándose irreductiblemente español, su mirada no podía ser la de un inglés, como confiesa con algo de fatigada resignación.

Ya se deja conocer que la verdad histórica va por un lado y la eficacia literaria por otro, y que Llorente primero y Blanco White después, comprobarían de inmediato que no podían hacer mella en el mito, por más que lo probasen falso. Y menos cuando, en pleno auge del Romanticismo, ambos remaban contra corriente clamando por los fueros de la verdad frente a los embelecos del mito.

¹⁰ Carta a J. H. Wiffen. Londres, 04/12/1822 (Johnson 1968: 141); la traducción es mía.

¹¹ Diego Saglia describe así la pieza: «the play is a transparent celebration of Don Carlos as a sentimental and unfortunate hero persecuted by the tyrannical powers of his father King Philip II and the Inquisition» (Saglia 2000: 31).

OBRAS CITADAS

- BLANCO WHITE, José María (1822): «Prince Carlos of Spain and his Father Philip II». *The New Monthly Magazine and Literary Journal*, V, nº 21-22, 1-IX y 1-X, pp. 232-236 y 352-359.
- (1845): *The Life of the Rev. ..., written by himself, with portions of his correspondence*. Ed. de John Hamilton Thom. London: John Chapman, 3 vols.
- (2010): *Artículos de crítica e historia literaria*. Ed. de Fernando Durán López. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- BUCETA, Erasmo (1926): «El Don Carlos de Lord John Russell». *Revista de Filología Española*, XIII, 3, pp. 290-293.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis (1876): *Filipe Segundo, rey de España [1619]*. Madrid: Aribau.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2005): *Blanco White o la conciencia errante*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- GONZÁLEZ GARCÍA, Juan L. (2015): «Caída y auge de don Carlos. Memorias de un príncipe inconstante, antes y después de Gachard». *España ante sus críticos: las claves de la Leyenda Negra*. Ed. de Yolanda Rodríguez Pérez, Antonio Sánchez Jiménez y Harm den Boer. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 163-192.
- JOHNSON, Robert (1968): «Letters of Blanco White to J. H. Wiffen and Samuel Rogers». *Neophilologus*, tomo 52, nº 2, pp. 138-148.
- JUDERÍAS, Julián (1917): *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*. Barcelona: Araluce.
- LEVI, Ezio (1920): *Il Principe Don Carlos nella leggenda e nella poesia*. Roma: Pubblicazioni dell'Istituto Cristoforo Colomb (2^a ed.).
- LEIDER, Frederick W. C. (1910): «The Don Carlos Theme in Literature». *The Journal of English and Germanic Philology*, vol. 9, nº 4, pp. 483-498.
- LLORENS, Vicente (1967): «Moratín, Llorente y Blanco White. Un proyecto de revista literaria». *Literatura, historia, política. (Ensayos)*. Madrid: Revista de Occidente, pp. 57-73.
- LLORENTE, Juan Antonio (1822): *Historia crítica de la Inquisición de España*, tomo VI. Madrid: Imprenta del Censor.
- SAGLIA, Diego (2000): *Poetic Castles in Spain. British Romanticism and Figurations of Iberia*. Amsterdam: Rodopi.
- SAMSON, Alexander (2015): «A vueltas con los orígenes de la Leyenda Negra: la Inglaterra mariana». *España ante sus críticos: las claves de la Leyenda Negra*. Ed. de Yolanda Rodríguez Pérez, Antonio Sánchez Jiménez y Harm den Boer. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 91-115.
- VILLANUEVA, Jesús (2011): *Leyenda negra. Una polémica nacionalista en la España del siglo xix*. Madrid: Libros de la Catarata.